

1

«Óscar, si sigues trabajando en televisión, yo no quiero seguir contigo. Lo siento, pero no puedo. ¡Tú verás lo que haces!»

Esas palabras resonaban en mi cabeza como si fueran eco, no me lo esperaba y aunque sé que no lo dijo con maldad sino más bien con resignación, me molestaron y mucho.

Entendí que, para ella, viviendo además en un pueblo, iba a ser difícil la situación. Yo estaría en un mundo que desde fuera se ve como muy libertino, con chicas monas y bonitos cuerpos. Y desgraciadamente las comparaciones son odiosas, las inseguridades en las mujeres son tremendas, y los comentarios de la gente aún peores.

—Noelia, yo te quiero y quiero seguir contigo. El hecho de trabajar en televisión no tiene que cambiar nada, es un trabajo como otro cualquiera. Entiendo tu postura y que no quieras pasarlo mal, pero pienso que si hay confianza deberías estar tranquila.

—Lo sé Óscar, confío en ti, pero...

—Si confiaras en mí no estaríamos hablando de esto. ¿Y sabes una cosa? Me habría encantado compartir esta experiencia contigo, pero quiero que entiendas que hoy puedo rechazar este trabajo y cerrar una puerta en mi futuro, pero nadie me asegura que vayamos a estar toda la vida juntos. En ese caso, habré dejado escapar una oportunidad única al decir que no a ese trabajo.

—Tienes razón y te entiendo. Por suerte, además de pareja considero que somos buenos amigos y eso no quiero perderlo.

—Entonces, ¿por qué dejarlo? ¿Por qué no intentarlo al menos? —le supliqué.

—Porque sé que lo voy a pasar muy mal y no quiero sufrir. Y tú, podrás hacer tu vida sin ataduras aquí. Prefiero tener un buen amigo a perder una pareja con discusiones tontas.

—De acuerdo Noe, si es lo que quieres, lo respetaré. Para lo que me necesites aquí estaré. Es una pena que tengamos que terminar así.

Nos abrazamos como dos buenos amigos, pero la inercia nos llevó a enfrascarnos en un beso de despedida. Un beso que duró más de lo que debiera, y que provocó que nuestros labios se fundieran en uno solo. Nuestras lenguas, expertas en el arte del contorsionismo, se enredaron con avidez.

Estábamos en el pequeño salón de su piso de alquiler, de pie, y las manos por su cuenta buscaron agarrar y abrazar el cuerpo del otro: parecían tener vida propia. Nuestra respiración se había acelerado y los corazones se desbocaron como potros salvajes.

Nos dejamos llevar por la pasión y casi sin enterarnos nos habíamos desnudado. Le indiqué que se tumbara sobre el sofá y separándole las piernas me arrodillé ante ella. Noelia, sacó el culo hasta el borde del sofá para dejarme hacer, sabiendo lo que venía a continuación. Acerqué mi boca a su palpitante sexo que ya se había empapado. Exhalé el aliento caliente de mi cuerpo y la hice suspirar. Me agarró por el pelo y me fue acercando a su vagina. Esquivando ir directamente al lugar que ella me dirigía, comencé besando la cara interna de los muslos. Con la lengua recorrí lentamente su piel provocando que esta se erizara. Mordisqueé sus ingles y ella movió las caderas como queriéndome decir: ¿a qué esperas? Cómetelo ya.

Quería prolongar su agonía, su excitación. Me lancé a besar sus pechos y mordisquear los pezones que estaban duros y erectos. Al sentirla concentrada en sus senos, mi mano derecha buscó su vagina y metí dos dedos en el interior. Noelia se contrajo y suspiró de placer. Movié la pelvis buscando que la penetrara más profundamente. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás. Fui bajando despacio besando la línea alba de su cuerpo hasta llegar al centro de placer que me pedía a gritos que lo succionara. Rocé el clítoris con suavidad, luego lo lamí. Dibujé círculos a derecha e izquierda y finalmente lo atrapé entre mis labios notando las palpitaciones de la sangre llegando hasta ese extremo de su cuerpo.

Mis dedos no dejaban de entrar y salir resbaladizos por sus fluidos. Sentí que sus movimientos se aceleraban y se volvían más incontrolados, indicación de que el orgasmo estaba a punto de llegar. Paré justo antes de que empezara a correrse, saqué los dedos y me separé de ella. Noelia me miró sorprendida con cara de súplica.

—Aún no, espera que ahora vuelvo.

Fui a la habitación y cogí un preservativo. Una vez puesto, me arrodillé delante del sofá de nuevo y tirando de sus piernas, que apoyé sobre mis brazos, la penetré. Mi pene entró sin ningún tipo de oposición, con suavidad, pero con fuerza. Eso la hizo gemir y sonreír. Al tenerla con las piernas en alto la penetración era muy profunda, mi pubis golpeaba contra su cuerpo, sonando y provocándonos mucho más. Me introduje tres, cuatro veces con fuerza para luego moverme con suavidad. Me retiré lentamente hasta dejar sólo la puntita a la entrada de su sexo para volver a embestir otras tantas veces. Cuando notaba que Noelia estaba cerca del orgasmo paraba para provocarla aún más, yo tenía el control de su placer.

—Mastúrbate, quiero que te toques —le ordené.

Noelia, sin decir nada, posó una mano sobre su pubis y rozando con los dedos mi pene empezó a masturbarse. Suavemente al principio y con brío después. Su cuerpo no dejaba de doblarse hacia atrás y nuestros gritos de placer resonaban en todo el piso.

Cuando vi en su cara aparecer de nuevo el principio del orgasmo ya no quise parar, quise darle el mayor placer que hubiera tenido nunca, para que no me olvidara jamás. Iba a ser una despedida, pero quería que fuera memorable.

Cuando empezó a correrse, su mano frotaba con velocidad el clítoris y yo entraba y salía de ella con fuerza, embestía sin piedad buscando mi propio placer. No tardó en llegar, mi piel se erizó y un cosquilleo recorrió mi bajo vientre alargando así mi momento de éxtasis. Noelia seguía con la respiración acelerada y me abrazaba con fuerza. Levanté la mirada y la crucé con la suya, sin decir nada... lo dijimos todo. Nos besamos con ternura y en completo silencio, me vestí sintiendo la mirada de Noelia mientras lo hacía. Cuando acabé, le di un suave beso en la mejilla y me fui dejándola sentada en el sofá abrazándose las rodillas que tenía pegadas al pecho. Iba a echar de menos el sexo con ella.

Esa noche dormí poco, mi mente sólo se recreaba con recuerdos de Noelia. El camping en Conil, el viaje a Málaga, la noche en la que para celebrar su cumpleaños cogimos una habitación en el hotel del pueblo, y en la que por poco salimos ardiendo...

Llevábamos saliendo unos meses y para celebrar que era su cumpleaños decidimos ir al hotel del pueblo. El chico que nos atendió en la recepción nos saludó. Obviamente allí nos conocemos todos, y sonrió al darnos la llave.

Era una habitación con dos camas pequeñas, a nosotros sólo nos hizo falta una. Las paredes forradas de moqueta granate, trataban de hacer más acogedora la estancia. Colgaban a ambos lados de los cabeceros unas lamparitas, pero, aun encendiendo sólo una, alumbraba demasiado. Así que, cuando me quité los gayumbos los coloqué encima de la única luz que habíamos encendido para tener más intimidad.

Noelia se tumbó de espaldas y me recibió con los brazos abiertos y totalmente desnuda. Nos besamos y acariciamos con suavidad, con ternura...

—Óscar ¿no hueles a quemado?

—La verdad es que sí —contesté.

Me incorporé y empecé a dar vueltas por la habitación buscando el origen del olor a chamusquina. Noelia me miraba desde la cama mientras yo, totalmente desnudo, no dejaba de acercarme a los enchufes a olisquear como un perro de caza. Cuando me di la vuelta para decirle a Noelia que no sabía de dónde venía el olor, vi que mi ropa interior empezaba a echar humo. Corriendo la quité de la lámpara saltando por encima de la cama y de Noelia que estaba dentro. ¡Por fin habíamos encontrado el foco del olor!

Levanté los gayumbos a la altura de mis ojos y pude observar a Noelia a través de los agujeros que se habían formado, partiéndose de la risa al ver que estaban inservibles, se habían chamuscado por todos lados.

—Vaya timo el romanticismo de las películas —le dije a Noelia sin poder aguantarme las ganas de reír.

—Sí, con lo bonito que se ve todo —y sin parar de reír, me acercó a ella, lanzó lo que quedaba de los gayumbos al suelo, y terminamos de celebrar su cumpleaños.

A las cuatro de la mañana entregamos la llave de la habitación al recepcionista que nos despidió con otra sonrisita.

Recuerdos como aquel inundaban mi cabeza. Habíamos compartido tantos momentos juntos, que me costaba asimilar aquella situación. Cabreado con Noelia, y conmigo mismo por no haber sido capaz de resistirme a ella, acabé durmiéndome.

A la mañana siguiente preparé mis cosas y puse rumbo a Sevilla. No dejaba de darle vueltas al tema. Me molestó que me diera a elegir, pensé que si hacía eso es que no me quería lo suficiente, pues cuando una persona quiere a otra la apoya, no le cierra puertas.

Además, y ya de forma egoísta, no quería perder todo el sexo que tenía con ella, era fantástico y sabíamos darnos placer mutuamente. Eso se nos daba bien, pero tras lo sucedido, entendimos que realmente lo que nos unía era eso: el sexo. Por ese motivo la ruptura no nos hizo tanto daño, aunque nos echáramos de menos.

A pesar de lo ocurrido, casi todos los días de la semana siguiente, nos mandamos algún mensaje al móvil. Hacía poco tiempo que teníamos teléfonos, entonces eso era un lujo porque no llevaban mucho en el mercado.

—«Hola guapo ¿Qué tal estás?»

—«Hola, con mis clases y mis dibujos.»

—«Anoche te vi en el programa, saliste poquito, pero sales muy guapo. Te queda bien el traje.»

—«Gracias, ¿tú qué haces viendo el programa si no querías que trabajara en él?»

—«Bueno, me gusta verte, echo de menos ciertas cosas.»

—«Yo también, así tengo la mano, que me voy a hacer un esguince»
—le seguí el juego.

—«Tonto, cuando vengas al pueblo si quieres te ayudo, como amiga.»

—«¿Harías eso por mí?»

—«Claro, para eso están los amigos.»

—«Te cojo la palabra, cuando llegue al pueblo te aviso» —aquel juegucito me estaba poniendo a mil.

—«Vale, me avisas y me coges otra cosa.»

—«¿Otra cosa? ¿Qué podría coger?» —la provoqué.

—«Lo que tú quieras, lo dejo a tu elección»

—«¿Seguro? Mira que luego no quiero que te echas atrás»

—«No lo haré, puedes venir a mi casa y coger lo que quieras» —me retó.

—«Ummm... esto se pone interesante. Déjame pensar...»

—«Si quieres te doy pistas. Porque ahora mismo estoy sólo con un tanguita negro de encaje viendo la tele.»

—«Dame más pistas para tener más opciones dónde elegir» —al final, como siempre, me llevaba a donde ella quería, y yo caía como un tonto.

—«Tienes para decidir: mis pezones que se acaban de poner duros al pellizcarlos, mi chochito que está mojándose y mi culo que te echa de menos...»

—«Pues creo que te voy a coger... el mando de la tele que este finde hay derbi. Jajaja...»

—«Serás gilipollas...Jajaja.»

—«Anda, descansa guapa. Y piensa que ahora voy a recrearme pensando que cuando vaya el finde te penetraré por todos tus agujeritos.»

—«Ummm... ya tengo ganas. Ahora yo también acabaré lo que he empezado. Descansa tú también.»

El siguiente fin de semana cuando volví al pueblo, estaba como loco por ver a Noelia, aunque sabía que no debía si lo que quería era poder continuar mi vida. Pero las hormonas adolescentes estaban en completa ebullición, y mis ganas de estar con ella eran demasiado fuertes. No sabía muy bien qué iba a pasar, pero estando juntos, seguro que saltarían chispas. Al menos, eso esperaba.

Yendo de camino en el tren, le pregunté qué planes tenía para esa noche a través de un sms. Me dijo que no tenía intención de salir, que se quedaría en casa y que si quería podía cenar con ella y ver una película. Siempre como amigos claro.

Cerca de las nueve llamé al porterillo del piso y me abrió la puerta. Me recibió con una sonrisa, dos besos y un abrazo.

Llevaba ropa cómoda, unos pantalones de pijama y una camiseta ancha que le dejaba al aire un hombro. Pasé y me senté en el sofá.

— ¿Quieres tomar algo? —me preguntó.

—Si tienes una Coca Cola me va bien, gracias.

—¿Te apetecen unas patatas fritas mientras?

—Vale, la verdad es que tengo hambre. No he comido nada desde este mediodía que salí de Sevilla.

Volvió de la cocina, me ofreció la bebida y algo de picar, y se sentó a mi lado.

—¿Qué tal estás? —me preguntó, sentándose con las piernas cruzadas como un Buda, a mi lado.

—Bueno, estoy, que no es poco. Trato de entretenerme pintando y quedando con los compañeros de clase para ir a ver exposiciones. ¿Tú qué tal?

—Yo igual. Trato de centrarme en el trabajo con mis «maris» pero cuando estoy aquí en el piso me como el tarro y te echo de menos.

—Lo sé, tus sms son muy reveladores...

—Bueno, es que contigo el sexo ha sido tan divertido y excitante que lo echo en falta.

—Yo también, pero seguro que encontrarás a otro que te haga sufrir menos que yo con su trabajo.

— ¡Uy! Estás muy enfadado ¿verdad?

—Estoy desconcertado y cabreado, sí. Pero se me pasará, entiendo que tú no quieras pasarlo mal, aunque ni siquiera lo hemos intentado. Has puesto la tiritita antes de hacerte la herida.

—Ya lo sé, pero...

—No pasa nada Noelia, la decisión se ha tomado y ya seguimos para adelante. Sabes que cuando digo algo lo llevo a fin con todas las consecuencias —aunque en el fondo estaba deseando tener sexo con ella.

Noelia bajó la mirada y asintió.

—Venga, ánimo. ¿Qué vamos a cenar? —pregunté cambiando un poco el chip.

—He hecho una tortilla de patatas y pensaba freír pollo que sé que te gusta.

—Me parece genial, venga que te ayudo —la acompañé a la cocina en la que casi no cabíamos los dos a la vez, y le dije que se quedara en el marco de la puerta, que yo me encargaría de acabar la cena.

Cambié mi ánimo porque no quería estar mal, me apetecía estar cerca de Noelia, era divertida y había sido una persona importante

en mi vida, no quería que desapareciera de ella. Aunque ya sólo fuera como una buena amiga, sabía muchas cosas de mí que nadie más conocía, había complicidad y confianza entre nosotros, y eso, no quería perderlo.

Cogí una sartén, le eché el aceite y lo puse a calentar. Mientras, sazoné las alitas de pollo con un poco de sal y pimienta negra molida y, cuando el aceite alcanzó la temperatura adecuada, las fui dejando dentro con cuidado para que no saltara demasiado.

—Voy poniendo la mesa mientras tú terminas con el pollo —dijo Noelia.

—Vale —parece que su semblante cambió y volvió a animarse, a ser más ella otra vez.

Puse la televisión y zapeé un poco mientras cenábamos, no había nada interesante en ese momento, los viernes por la noche la tele era una basura.

Cuando acabamos de cenar, recogimos la mesa y dejamos todo en la cocina. Luego nos sentamos en el sofá, más bien yo me senté y ella se recostó sobre mi hombro. Hablamos de cosas varias sin importancia, de mi semana en Sevilla, de sus días en la pescadería, hasta que finalmente empezó una película. Era una de esas comedias románticas. Lo que nos faltaba.

Sin darme cuenta, la relajación del momento hizo que mis dedos comenzaran a jugar con su pelo. Ella se acomodó aún más en mi pecho, coló su mano bajo mi camiseta y sus cosquillas encendieron mi bajo vientre. A través de la abertura del cuello de la camiseta, mis manos buscaron erizar su piel.

Ninguno se atrevía a lanzarse más, seguimos mirando la película como disimulando, pero el calor iba abrasando nuestros cuerpos. Noelia acabó por girarse y buscó mi boca, mi lengua, mis besos. Con desesperación agarró mi labio inferior y tiró de él, el sabor a sangre me hizo saber que con, demasiada fuerza, pero no me importó. Casi diría que me gustó.

Se incorporó y se sentó a horcajadas sobre mí. Se quitó la camiseta y dejó al desnudo sus pechos que aparecieron libres frente a mí. Me agarró de la cabeza y la guió hasta sus pezones.

—Muerde —me ordenó.

Solté un suspiro de deseo al oír su exigencia e hice lo que me pidió. Agarré el delicado apéndice de su anatomía con los dientes y poco a poco fui apretando hasta dejar las marcas en él. Noelia gritó pidiéndome más.

Me incorporé y le pedí que se tumbara en el sofá. Con la camiseta le até las manos detrás de la cabeza y, quitándole el pantalón y usándolo como una cuerda, también le até las piernas. Con mi camiseta tapé sus ojos, la respiración agitada me indicó que su excitación iba subiendo. Me quedé unos segundos observándola, deseosa de saber qué iba a hacer con ella. Ese juego era nuevo, nunca antes la había atado.

Me fui a la cocina y trasteé para que ella me oyera, quería ponerla nerviosa, abrí el frigorífico y volví a su lado. Me arrodillé y comencé a rodar por su cuerpo un huevo helado (es mucho mejor que el hielo porque no se derrite). El contacto de su piel con la fría cáscara hizo que se erizara por completo. Suspiró, pero no habló, se dejó hacer.

Recorrí cada centímetro de piel, su cuello, su pecho, los pezones, su vientre, el pubis, la cara interna de los muslos... Noelia se contorsionaba con el roce frío y gemía de placer. Solté sus piernas y las separé: Noelia me esperaba ofreciéndome su sexo que brillaba de la excitación. Saqué un preservativo, me lo puse y, tirando de sus piernas la acerqué a mí. Agarré mi miembro totalmente erecto y lo froté contra su clitoris, ella gemía y suspiraba sin saber cuál sería mi próximo movimiento ya que seguía con los ojos tapados. Con suavidad y mucha lentitud, mi pene fue abriéndose paso a través de los labios de su vulva. Noelia, trataba de mover las caderas para que entrara con más rapidez, pero no se lo permití. Yo quería seguir controlando el momento.

Con la misma calma salí de ella para volver a entrar, en esta ocasión con una fuerte embestida. Noe gritó y trató de desatarse las manos. Me quedé quieto dentro de ella observándola. Cuando volvió a relajarse, repetí la misma operación.

—Eres un cabrón, ¿quieres follarme de una vez?

—Shhh...No hay prisa.

Otra embestida, y otra más. Poco a poco fui acelerando e incrementando las arremetidas. Nuestros cuerpos chocaban como si aplaudiesen lo que estábamos haciendo. Llevé una mano a su apéndice del placer,

ese botón mágico que enciende el orgasmo. Comencé a masturbarla mientras entraba y salía de ella, a veces rápido, a veces lento, a veces con fuerza, otras con delicadeza.

—No puedo más, quiero correrme ya.

—¿Eso es lo que quieres? —le pregunté sonriendo.

—Sí por favor, estoy muy cachonda y necesito explotar.

—Está bien, pero quiero que me mires cuando te corras —y le desatapé los ojos.

Asintió y sonrió. Mis dedos incrementaron el ritmo de los círculos sobre su clitoris, y aceleré las acometidas. En pocos segundos, las respiraciones se acompasaron y se elevaron. Los cuerpos se movían por pura inercia, cada uno sabía lo que tenía que hacer.

—Noelia, córrete. Yo estoy a punto, no puedo más.

—Sí, yo también voy, no pares...

—Mírame, quiero ver en tu cara cómo te corres.

Doblando el cuerpo hacia atrás y gritando, se dejó llevar al éxtasis, arrastrándome a mí también.

Salí de ella aún con espasmos por el cuerpo y le desaté las manos. Tocándome la cara con ternura, me besó en los labios y suspiró.

—La verdad, es que se nos da muy bien el sexo juntos.

—Sí Noelia, pero entenderás que esto no puede seguir así mucho tiempo, sino alguno de los dos terminará haciéndose daño. La semana que viene no vendré, me quedaré en Sevilla.

—Jo... Pero me apetece verte.

—Ya, y a mí. Pero ahora el que no quiere pasarlo mal soy yo. Y en Sevilla estoy solo y mi cabeza no para de dar vueltas. Tener sexo contigo me encanta, pero si seguimos así, el día que se nos acabe lo vamos a pasar peor. Ahora mismo eres como una droga para mí.

—Bueno, pero cuando nos veamos... si nos apetece, podríamos... —suplicaba melosa.

—Ya se verá. Lo mismo ahora te digo que no, y cuando te vea dentro de dos semanas estoy deseando que pase algo. Demos tiempo al tiempo.

—Está bien, tienes razón.

—Se ha acabado la película, creo que es mejor que me vaya. Es casi la una de la madrugada.

—Quédate un ratito más porfa...a ver si hay otra peli.

—Debería irme, pero... No puedo decirte que no. No soy capaz de controlar el influjo que ejerces sobre mí.

Sonriendo como una niña que ha conseguido el caramelo que quería, cogió el mando del televisor consciente del poder que tenía y, se puso a zapear hasta que paró en una película porno. Me miró pícara y me preguntó:

—¿Ésta te viene bien?

—Por mí está bien, siempre se puede aprender algo.

Comenzamos a ver la película tumbados en el sofá. Como siempre este tipo de películas se hacen un poco monótonas, pero nos sorprendió una escena en la que apareció lo que se conoce como «el carrete tailandés». Consiste en coger un pequeño carrete de hilo, parecido al que usaban las abuelas para hacer encaje de bolillos e introducirlo por el ano, dejando fuera un trozo de hilo. Justo en el momento que se llega al orgasmo, hay que tirar del hilo para que el carrete dé vueltas en el interior, intensificando así el placer.

Nos resultó divertido, los dos nos miramos sorprendidos. Eso era algo que nunca habríamos pensado, pero nos excitó la idea de probarlo. En la película al menos parecían estar pasándolo bien.

—Óscar...

—Dime —contesté sabiendo lo que me iba a proponer.

— ¿Tú estarías dispuesto a probar eso?

—¡Ya estamos! Sabes que me gusta experimentar cosas nuevas y si encima me provocas...

—Entonces... ¿Quieres que lo probemos?

Sólo el hecho de que me lo propusiera, ya me estaba poniendo malísimo.

—¿Tienes algún carrete de esos?

—Como ese no creo, pero creo que tengo unos carretes pequeños de un costurero de emergencia de esos para viajes que puede valer. Lo busco, ¿algún color en especial? —gritó desde el cuarto riéndose.

Volvió con el carrete en la mano.

—¿Lo meto yo o quieres hacerlo tú? —me preguntó.

—Hazlo tú, no quiero hacerte daño. Tú lo controlarás mejor.

Una vez introducido en su sitio y con el hilo colgando, Noelia se quedó totalmente desnuda, me pidió que me tumbara sobre el sofá y se

sentó sobre mi cara. Con los dedos se separó los labios vaginales y me ofreció su sexo que estaba totalmente empapado.

—Cómemelo cariño.

Yo seguí sus órdenes, directamente mis labios rodearon el clítoris y succioné con fuerza. Sus fluidos inundaron mi boca y un sabor dulce llegó a mi paladar. Noelia suspiró de placer y apretó su vulva contra mi boca. Sentada a horcajadas podía controlar cada movimiento.

Con los ojos cerrados, cabalgaba sobre mí dejándose llevar. Suspiraba, gemía y gritaba. Era muy excitante, aunque yo estaba concentrado en el momento en que tendría que agarrar el hilo y tirar de él.

Mi lengua seguía jugando con su botón dejando hueco para que dos de mis dedos entraran en la vagina. Llevé las yemas hacia delante y las froté contra la pared anterior. Había leído que ahí se hallaba el punto G femenino.

—Ufff... Sigue, sigue no pares.

Yo, como un soldado raso frente a su superior, hice lo que me dijo sin rechistar. Aceleré los movimientos de los dedos y de la lengua, y con la otra mano, busqué el hilo que caía sobre mí.

A los pocos segundos, Noelia me gritaba:

—Ya cariño, me corrooo...

Coordinando todos mis movimientos, sentí cómo el peso de Noelia caía sobre mí al no soportar el inmenso placer que estaba sintiendo. El hilo se iba deslizando por su ano, provocando que el carrito girara en su interior.

Saqué los dedos de su sexo, pero seguí succionando su sensible apéndice sin dejar de tirar del cordel. El orgasmo parecía no tener fin, los ojos de Noelia se volvieron blancos y su cuerpo cayó sobre mí sin fuerzas.

Se giró hacia un lado para no hacerme daño y como en estado de shock, manteniendo posición fetal, permaneció un buen rato sin hablar hasta que pudo recuperarse.

—Ha sido increíble, no tengo palabras, Óscar.

—Me alegro, me ha encantado verte así.

—Es que ha sido muy intenso y muy largo. Ha llegado un momento que no sabía si me iba a desmayar. No podía aguantarlo más, pero me encantaba. Ufff... ¡Qué sensación!

—La verdad es que me estabas asustando y todo, no sabía si parar.

—Si paras te mato —me dijo riendo.

—Lo que habría que pensar para la próxima vez, es en desenrollar la mayor parte del carrete y dejar unas cuantas vueltas nada más.

—¿Por? A mí así me ha encantado.

—Sí, no lo dudo, pero ¿ahora cómo sacas el carrete? —y la miré divertido.

—¡Ostras! Es verdad, tenemos que desenrollarlo todo para tirar de él.

Nos dio la risa, y finalmente, con metros de hilo tirados por el suelo, conseguimos recuperar el carrete.

—Oye Óscar, ¿y qué pasa contigo?

—¿Conmigo?

—Sí, nos hemos distraído con lo del hilito y se me ha olvidado que tú no te has corrido.

—Ah, bueno, ya da igual. He disfrutado mucho viéndote y ya se me ha bajado el calentón.

—Pero yo quiero que te corras.

—En serio, no hace falta. Mejor me voy ya que es tarde.

—Pero...

Recogí mis cosas, le di un beso en los labios y me fui.

—Buenas noches «amiga», descansa —le dije antes de cerrar la puerta tras de mí.

A la mañana siguiente, en casa de mis padres y preparándome para volver a Sevilla, sonreí recordando la situación divertida del «carrete tailandés» con Noelia, y luego me entristecí pensando que posiblemente, esa sería la última vez que estaríamos juntos.

2

Solo en Sevilla, no podía quitarme a Noelia de la cabeza. Mi compañero de piso Juanmi, para animarme, propuso salir el fin de semana de fiesta ya que me quedaría sin ir al pueblo.

—Compi, tú tranquilo que hay muchas mujeres por ahí.

—Sí, ¿verdad...? —le contesté sonriendo.

—Llamo a Roberto y nos vamos los tres de fiesta a conocer chicas —me dijo entusiasmado.

Roberto era otro chico de la misma edad de Juanmi, que estudiaba una ingeniería y además era de nuestro pueblo.

—Vale, haz lo que quieras. Yo me pongo en vuestras manos.

El viernes, Roberto se presentó en nuestro piso después de la cena. Juanmi y yo acabamos de arreglarnos y nos fuimos los tres.

Me dejé guiar por las calles sevillanas. En la famosa esquina de la Campana, tomamos la calle Sierpes para llegar a la Plaza del Salvador. Allí todo el mundo estaba de botellón, y eso era algo que a mí no me iba demasiado.

Saludamos a algunos conocidos de mis dos acompañantes, pero decidimos cambiar de lugar. Unas calles más adelante, había una discoteca que tenía una fiesta especial de Erasmus. Al entrar te colocaban en el pecho una pegatina con tu nacionalidad para identificarte, aunque cada uno podía poner lo que quisiera. Nosotros nos pusimos «España», y pasamos al interior.

La discoteca era grande, al fondo a la derecha se encontraba la barra; a la izquierda delante de esta, se hallaba la pista con varias columnas entre medias. La luz era bastante tenue y la música un poco alta pero el ambiente estaba bien.

Nos situamos en una esquina frente a la barra observando a los distintos grupos de chicas y sus nacionalidades.

—Chicos, ¿cómo lleváis los idiomas? —les pregunté.

— ¿Por? —preguntó Juanmi a su vez.

—Porque si no, no nos vamos a comer ni un colín. Casi todas las chicas que se ven por aquí son extranjeras.

—Vamos a tomarnos algo y luego ya veremos, que el lenguaje del amor lo entiende todo el mundo —dijo Roberto abriéndose paso hacia la barra.

Al acercarnos, vimos una camarera que estaba de infarto. Alrededor de 175 cm de altura, muy buen cuerpo, con curvitas donde agarrar, no me gustan las chicas demasiado delgadas. Pelo castaño claro, largo hasta los hombros, tenía los ojos oscuros, grandes y rasgados, y los labios carnosos y jugosos. El gesto serio le confería mucha más personalidad, así como las facciones anguladas de su cara. Por algún motivo, parecía estar de mal humor.

—Óscar ¿has visto a la camarera?

—Está *pa* no verla, Juanmi, pero con ella no hay *na* que rascar.

—Venga ya, ¿un tío como tú va a decir eso? —me dijo Roberto.

—Roberto, no estoy muy por la labor y además es camarera. Estará harta de que le lleguen los moscones a darle la vara. Ya te digo que no hay nada que rascar.

Mientras lo hablábamos, Juanmi se había hecho un hueco en la barra y llamaba la atención de la chica. Me dio con el codo en las costillas cuando se acercó, para que hablara.

—Hola... ¿África? —pregunté al ver la pegatina de la nacionalidad que llevaba escrita en el pecho.

— ¿Qué os pongo? —dijo secamente.

—Cachondos —susurró Juanmi a mis espaldas partiéndose de la risa.

—Perdona, pon dos rones con cola y para mí una Coca Cola sola, por favor.

Con la misma sequedad, se giró, nos sirvió y nos cobró. Agarramos nuestras bebidas con caras de «esta tía no está bien *follá*» y nos dirigimos a la pista.

—Vaya tela con África, menuda borde —comentó Roberto.

—Ya os lo dije, ella se limita a hacer su trabajo y no da pie a que ningún baboso se pueda poner pesado. Anda, vamos a bailar un poco.

Nos colocamos cerca de los altavoces. Empecé a bailar, mis acompañantes no se atrevían, sólo observaban. Como resulta raro ver a un chico bailando y más aún solo, pronto se nos acercó un grupo de chicas. Al igual que nosotros, eran españolas y pudimos entendernos.

—Hola, ¿sois sevillanos? —preguntó una de ellas, mirando nuestras pegatinas del pecho.

—Cordobeses —afirmó Juanmi. Yo seguía en mi mundo con la música pachanguera—. ¿Y vosotras, de dónde sois?

—Yo de Huelva y ellas dos gaditanas. Mi nombre es Rebeca y ellas son María y Andrea.

—Encantado, éste es Roberto, el autista que baila solo es Óscar y yo soy Juanmi y no me vendría mal una como tú —le soltó riéndose a carcajadas.

—¿Cómo?

—Una Rebequita, que no vendría mal esta noche que parece que va a refrescar.

Finalmente entendieron el chiste y todos rieron. Me acerqué a saludar y tras dar dos besos a cada una de las chicas, las invité a bailar.

Rebeca aceptó gustosa y comenzamos a bailar salsa. Se movía bastante bien y aunque no soy un experto bailarín, no me defiendo mal con los ritmos latinos. La acerqué a mí y nos rozamos más de la cuenta.

Mis colegas hablaban animadamente con las otras dos chicas y parecían pasarlo bien.

—Rebeca, imagino que siendo de Huelva y estando en Sevilla, estarás estudiando ¿no?

—Sí, estudio Medicina.

—Tranquila, no haré ningún chiste típico como mi amigo.

—Te lo agradezco, ya termina una cansadita, entre mi nombre y lo que estudio, tengo pleno al quince.

—Sí, es que invita al chiste fácil. ¿Qué curso haces?

—Estoy en primero, acabo de empezar.

—O sea que eres una yogurina...

—¡Adiós viejo! No serás mucho mayor que yo.

—Como mínimo te llevo dos años.

—Tampoco es tanto —y me guiñó un ojo.

Rebeca era tan alta como yo, morena de pelo largo y ondulado. En la cara destacaban sus dos ojos negros muy grandes y redondos, aunque los almendrababa muy bien con el maquillaje que se los hacía mucho más atractivos. La boca era muy grande y los labios bien perfilados escondían tras de sí una dentadura perfecta. Tenía una sonrisa de anuncio.

—¿Y tú qué haces en Sevilla?

—Estudio Bellas Artes en el centro, he empezado tercero este año. Y hoy, mi compi de piso y un amigo me han querido animar a salir un rato.

—¿No sueles salir?

—No, este es el primer fin de semana que no voy para el pueblo.

—¿Y eso?

—Pues antes tenía novia y eso me tiraba a ir para allá, pero como esta semana me he quedado sin ella, ya no tengo tantos motivos para ir.

—Vaya, lo siento.

—Da igual, mejor no hablar de ello. La vida sigue.

—Sí, y dicen que una mancha de mora con otra verde se quita —dejó caer el dicho.

Bailamos y nos frotamos como los gatos en celo, Rebeca se giraba y acercaba su trasero a mi pubis que por momentos iba subiendo de temperatura y de tamaño. La sujeté desde atrás y la apreté contra mí, y cuando notó su efecto en mi entrepierna se giró sorprendida y algo tímida.

—¿Te apetece dar una vuelta? —le dije sin más preámbulos. Estaba decidido a quitarme a Noelia de la cabeza como fuera.

Rebeca asintió poniéndose colorada, nos acercamos a los demás.

—Chicos, ahora venimos —comenté al grupo, que afirmaron con la cabeza y una sonrisita picarona.

Pasé mi brazo alrededor de la cintura de Rebeca y la acompañé hasta la puerta. Cuando salimos, buscamos un sitio tranquilo, pero recordando mi experiencia de Chipiona con María Jesús, no pensaba perder el tiempo dando vueltas tontamente.

A nuestra derecha salió un callejón estrecho y oscuro, y nos dirigimos hacia él. Las paredes encaladas con sus rejas y balcones típicos andaluces, casi parecían fundirse con el negro cielo sobre nuestras ca-

bezas. Había más parejas besándose y tocándose y yo, sin importarme lo que pensara Rebeca, la apreté contra la pared, me acerqué a ella y fui a besarla.

La noté nerviosa, su cuerpo tiritaba y no hacía frío.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, pero...

—Pero estás temblando, si quieres volvemos dentro.

—No, tranquilo, es que yo no... —miraba hacia el suelo y se le notaba la turbación en la voz.

—¿No has estado con nadie antes? —por su forma de bailar y rozarse no parecía una chica inexperta.

—Unos besos y ya está, pero muy poca cosa, y tú a lo mejor buscas algo más.

Lo que me faltaba, yo quería quitarme de la cabeza a Noelia y me encuentro con una chiquilla sin experiencia.

—Tranquila, no haremos nada que tú no quieras.

Poco a poco fui acercando mi boca a la suya, agarré su labio inferior y lo succioné. Me dispuse a acoplar mis labios a los suyos, cuando de repente noté cómo su boca avasallaba a la mía. Era tan grande, que me rodeaba por completo. Era imposible besarla, mis labios chocaban directamente con sus encías y sus dientes, mientras notaba los suyos aprisionándome desde la base de la nariz a la barbilla. Además, movía la lengua a mucha velocidad buscando la mía, parecía que quisiera echarme una pelea. Sentí una sensación tremenda de agobio, que hizo que me separara de golpe. La chica me miró sorprendida pero no quise hacerla sentir mal.

—Perdona, pero no puedo, tengo en mi mente a mi ex y no me parece justo, mejor volvamos dentro.

Cuando íbamos de vuelta a la discoteca nos encontramos con los chicos que salían a buscarnos. Era la hora de cerrar. Nos despedimos de ellas y nos fuimos.

Por el camino les conté la experiencia a mis compañeros de fatigas de esa noche y nos reímos de mi mala suerte.

En la Facultad me iba bien, mi curso estaba compuesto por un grupo de gente muy maja e hicimos buena piña. Una compañera de Cádiz

me pidió ayuda: quería hacer un torso desnudo tallado en piedra y necesitaba tomar apuntes y referencias de alguien.

—Óscar, ¿puedo pedirte un favor?

—Claro, dime Pepi.

—¿Tú me dejarías tomar bocetos de tu cuerpo para mi trabajo de Escultura?

—¿Cómo? No sé yo si tengo cuerpo para eso tía.

—Venga ya, si tienes un cuerpazo, *pisha*. Sólo sería del torso.

—Bueno vale, si te apañas bien... Por mí no hay problema.

También yo necesitaba ayuda con mi proyecto para el curso, quería representar una imagen de un sueño que tuvo mi padre.

Se trataba de un desnudo femenino a tamaño natural, suspendido en el espacio, con los brazos abiertos y dejada caer hacia delante. No se le veía la cara porque la tenía mirando a los pies y además se tapaba con el propio cabello que quedaba perpendicular al suelo.

Lo difícil iba a ser encontrar alguna modelo que posara para mí. De momento me tenía que conformar con imaginarlo y tratar de esbozarlo.

Habían pasado un par de semanas y no había vuelto a ir al pueblo ni tampoco tuve noticias de Noelia. Me centré en los estudios y en trabajar en televisión.

Descubrí un mundo divertido, nada monótono, porque cada día que se emitía un programa (uno por semana), era diferente. Distintos personajes y distintas cosas que hacer. Yo aún tenía muy poco protagonismo: entre mi compañera y yo nos repartíamos las veces que había que entrar un micro o cualquier objeto a plató. El ritmo era frenético, nos citaban a las cuatro de la tarde y el programa no empezaba hasta las diez. Mientras, había que pasar el rato como fuese y yo me iba a charlar con los técnicos y de paso aprendía cómo funcionaba todo. Estaba presente en los ensayos e iba viendo la dinámica de todo. Todos tomaban apuntes en las escaletas, que a principio de todo se repartían para que supiéramos paso a paso lo que iba pasando durante el programa. Un tocho de folios en el que estaba descrito al milímetro cada momento, para no dejar nada a la improvisación. En mi escaleta aún había pocas cosas que apuntar.

Cuando volví al pueblo a ver a mis padres, no avisé a Noelia. Prefería distanciarme, no verla. Quedé con Tito, su novia Carla y el resto de la pandilla en la discoteca.

Carla era madrileña de nacimiento, tenía familia en el pueblo, a la que visitaba en todas las vacaciones y fiestas señaladas. Era una chica muy risueña, irradiaba felicidad y buen rollo con su buen humor. Rubia, de ojos azules y cara redondita conquistó a mi amigo. Y luego al resto de la pandilla.

Se habían conocido hacía más de un año ya, y por fin se habían lanzado a formalizar la relación.

Estábamos bailando y cantando en la pista un tema de Medina Azahara, «*Necesito respirar*», cuando mi amigo me instó a que mirara para la puerta. Giré la cabeza y vi a Noelia. Entró con su grupo de amigos y eso me molestó, ¿había vuelto a la vida menos sana?

Me hice el despistado y seguí bailando, no quería cruzarme con ella, mi corazón se había desbocado y mi mente calenturienta también.

—Hola Óscar —escuché a los pocos segundos. Cerré los ojos, tomé aire y me giré.

—Hola Noe —y le di dos besos.

—No sabía que venías —me dijo en tono reprobatorio.

—Lo decidí a última hora. ¿Qué tal estás?

—Bien. Trabajo, salgo de fiesta... La rutina de siempre.

—Sí, ya veo que te ha faltado tiempo para volver a esa «rutina» con tus amigos.

—No te enfades, que te pones muy sexy —me dijo sonriendo y tocándome la barbilla.

—Puedes hacer lo que quieras, eres mayorcita.

—Venga, no discutamos, bailemos y pasémoslo bien.

Traté de relajarme, estaba con mis amigos y no quería cortarles el rollo a ellos. Noelia se quedó con nosotros y comenzamos a divertirnos. Volvieron las risas y el buen humor. Con ella no podía cabrearme, deseaba tenerla cerca, rozarla, abrazarla...

A veces cruzábamos las miradas y con los ojos nos decíamos lo mucho que nos echábamos de menos.

Tras varias horas de baile y un par de copas por parte de Noelia (yo seguía fiel a mis principios de no beber), se acercó provocativa y me pi-

dió ir a dar un paseo. Y sin poder decirle que no, accedí. Me sentía un pardillo, no quería caer en sus encantos, pero era superior a mis fuerzas.

Me despedí de Tito y Carla y salimos de la discoteca. Nos dirigimos hacia el vespino rojo que mi hermana me había dejado para salir, me había deshecho del scooter lila hacía tiempo.

—¿Me acompañas a echar gasolina? —le propuse por tener mi mente ocupada en otra cosa.

—Claro, voy donde me digas chico guapo —y me dio un cachete en el culo.

—Noe no sigas por ahí, por favor.

—¿Qué pasa? ¿No te apetece?

—Me encantaría acostarme contigo, pero no creo que sea buena idea.

—Jooo... Óscar, echo de menos el sexo contigo —se quejó como una niña chica que tiene una rabieta.

—Y yo, pero...no podemos estar así.

Trataba de convencerme a mí mismo más que a Noelia, pero la realidad es que deseaba tener sexo con ella.

Arranqué la moto, y con mi ex agarrada a mi cintura con ambos brazos, fuimos hacia la gasolinera del pueblo que más lejos estaba. Notaba el peso de su cabeza sobre mi espalda y sentía el calor de su cuerpo junto al mío. Tras llenar el depósito (que no sé cómo lo hacía mi hermana, pero siempre me tocaba a mí), me giré hacia Noelia y le pregunté:

—¿Qué quieres hacer ahora?

—No me apetece volver con los demás, ¿podemos dar un paseo?

—¿Un paseo a las dos y pico de la madrugada? Menos mal que no hace frío para ser finales de septiembre —y nos echamos a reír.

Justo al otro lado de la carretera y frente a la gasolinera se hallaba un parque que habían hecho hacía pocos años para los vecinos de esa zona.

Nos subimos en la moto y puse rumbo al nuevo destino. Aparqué en un lugar con poca visibilidad y, agarrados por el brazo, comenzamos a andar por los caminos serpenteantes que iban surgiendo en nuestro trazado.

Nos pusimos al día de las novedades de cada uno y cómo no, nos dijimos cuánto nos echábamos de menos entre las sábanas. Es curioso que tras poco más de dos años de relación, fuera eso lo que más nos atraía.

Sin darnos cuenta, acabamos en el centro del parque, cerca de un estanque artificial con un puente de madera. Buscamos un banco al que le diera poca luz, pero yo creo que ese era el único parque en el que la gente no rompe farolas ni se funden.

Me senté y observé que Noelia se resistía a ponerse a mi lado.

—¿Qué te pasa? ¿No te sientas?

—Es que tiene pinta de estar muy frío el banco.

Noelia llevaba una minifalda vaquera con mucho vuelo, una camisa blanca abotonada lo suficiente para enseñar un delicioso canalillo y una cazadora a juego con la falda.

—Ven anda, ya te cojo yo —sonrió como una niña y se lanzó a mis piernas.

Se sentó a horcajadas sobre mí, dejando su busto a la altura de mi boca. ¡Qué ganas de morderlo, chuparlo, saborearlo! Pero tenía que ser fuerte si quería que eso se acabara.

Sin esperarlo, Noelia me preguntó a bocajarro:

—¿Has estado ya con alguna chica?

—¿Y a qué viene ahora esa pregunta? —contesté sorprendido.

—No sé, curiosidad.

—Para serte sincero, lo he intentado, pero no salió bien. No podía quitarte de mi cabeza.

Sonreía con picardía, lanzó una mano hacia mí y agarrándome por la cabeza me acercó a su pecho.

—Yo tampoco te quito de mi cabeza, me masturbo pensando en ti, pero necesito sentirte.

Desabotonó un poco más la camisa dejando al descubierto sus generosos pechos. Yo seguí la inercia del movimiento que ella marcaba y me los llevé a la boca, dejándome llevar por mi instinto. Mi virilidad hizo lo mismo, al momento golpeaba con fuerza la cremallera de mi vaquero.

Noelia suspiró al sentir mis labios sobre su piel y me apretó con fuerza contra ella. Mis manos buscaron agarrarla con desesperación y levantaron la falda para encontrar la dulce piel de sus nalgas.

Nos besamos como novios apasionados que llevan tiempo sin verse. Nuestros labios buscaron recorrer cada milímetro de piel. Mi mano se deslizó hacia el triángulo mágico que se hallaba entre sus piernas y ella

se separó un poco para facilitar mi acceso. El tanga se hallaba húmedo dada la excitación del momento. Ejercí presión y sentí la inflamación de su sexo. Tirando del tanga, lo introduje a través de su hendidura como si fuera un cordel, presionando sobre el clítoris y Noelia suspiró, la miré a la cara y me devolvió una sonrisa perversa.

El silencio a nuestro alrededor era abrumador, sólo de vez en cuando se oía el ruido de algún coche lejano que pasaba por la carretera, o paraba a repostar en la gasolinera.

Nos dejamos llevar, y nos evadimos de nuestro alrededor. Noelia separándose un poco, desabrochó mi pantalón para dejar escapar mi erección. Sentándose a mi lado en el banco, que ya no le pareció frío, se dobló hacia mí introduciéndose el pene en la boca. ¡Cómo echaba de menos esos labios abrazando mi verga!

Noelia succionaba, chupaba y besaba mi miembro con avidez, mis caderas se movían al ritmo de su lengua, sacando y entrando mi polla del interior de su boca.

—Para o vas a hacer que me corra —supliqué.

—Eso quiero, córrete en mi boca que quiero saborearte y luego me follas.

—Eso está muy bien, pero no tenemos condones, yo no contaba con esto.

—No te hacen falta los condones, ya lo sabes. Me follas el culo y me lo llenas bien.

—Ufff... Me vuelves loco, lo sabes ¿verdad?

Se volvió a doblar hacia delante y siguió con su idea de hacerme ir en su boca. Un par de minutos después, una descarga de placer recorría mi espalda para salir e inundar el paladar de Noelia de mi líquido vital, que relamió hasta la última gota.

Se incorporó con una sonrisa de satisfacción y me dijo:

—Ahora le toca a mí culo.

Se quitó el tanga y me lo dio, olía a ella, a sexo y puro placer. Levantándose la falda se sentó sobre mí pasando las piernas hacia la parte posterior del banco, abrazando mi cintura. Con los brazos rodeaba mi cuello y yo, sólo me dejé hacer.

Con una mano guió mi mástil que aún seguía duro, para mi sorpresa, hasta la entrada de su ano y con tremenda facilidad entró de una

sola embestida. Noelia dejó escapar un grito de placer al sentirse penetrada, y comenzó a cabalgar sobre mí con mucha lentitud, recreándose en cada movimiento de cintura.

Yo me sentía en el cielo, en el edén, en el paraíso. No sabría decir dónde me encontraría mejor que en ese momento. Con los ojos cerrados, no era consciente de nada de lo que pasaba a mi alrededor, sólo quería guardar ese mágico momento en mi memoria.

Abrí los ojos cuando Noelia se detuvo, se quedó inmóvil, empalada hasta la base mirando a mi izquierda. Un perro labrador venía tranquilamente hacia nosotros. Juguetón, se acercó a Noelia y olisqueó a su alrededor.

Sin saber muy bien qué hacer, le dije que no se moviera:

—Quédate quieta, sólo viene a cotillear.

—Si el problema es que este perro no habrá venido solo. Alguien lo estará paseando —dijo cubriéndose bien con la falda para que no se viera nada.

Desde lejos, vimos una sombra que con un silbido llamó al can, éste reaccionó a la llamada de su amo levantando las orejas y corriendo en su dirección.

—Hola buenas noches, perdonad. Es que aún es un cachorro —gritó desde la penumbra.

—Tranquilo no pasa nada, sólo ha venido a saludar —contesté alzando la voz.

Noe seguía con mi pene en su interior muy excitada por la situación, pero sin mover un músculo. Cuando el chico se giró y desde lejos se despidió, Noelia mirándome se echó a reír y me dijo:

—Casi me corro sin moverme.

—Yo pensé que se iba a acercar el dueño también a cotillear —le dije riendo—. Ahora acabemos lo que estábamos haciendo.

Con media sonrisa en la cara, Noe, comenzó a moverse de nuevo, esta vez ya no hubo tranquilidad, ni paciencia, ni querer alargar el placer, queríamos explotar ya. Alcanzar el clímax lo antes posible. Mi pene entraba y salía de Noelia con rapidez y fuerza, sobre todo fuerza, pero el culo de Noelia ni sentía ni padecía ningún dolor, sólo disfrutaba.

Noté que se acercaba su orgasmo cuando sentí las uñas en mi espalda. Sujetándola por las caderas, la ayudé en sus movimientos y

busqué mi propio placer que se acercaba al igual que el de ella, y en el momento que se venció hacia delante agarrándose a mi cuello, pero sin dejar de mover su pelvis, los dos estallamos en un inmenso orgasmo compartido. ¡Fue brutal! Nuestros gemidos al oído aún intensificaban más las sensaciones.

Poco a poco, los movimientos se hicieron más lentos exprimiendo al máximo cada sacudida. Sin fuerzas y sin ganas de separarnos permanecemos abrazados sin decir nada unos minutos.

—Noe, ¿qué tal estás?

—Sin fuerzas.

—Ya —dije sonriendo—. ¡Pero estás bien!

—Ya te estoy echando de menos y aún no nos hemos despedido.

—Joder tía no me digas eso. Fuiste tú la que quisiste dejarlo. Me tienes hecho un lío.

Se incorporó, se limpió con un clínex que le ofrecí y se sentó a mi lado con la cabeza agachada.

—Es que no sé. No me apetece estar como pareja contigo porque sé que lo voy a pasar mal, pero a nivel sexual disfruto tanto que no quiero perderlo.

—Anda, mejor será que nos vayamos, porque si no vamos a acabar discutiendo. Prefiero no hablar del tema.